



Balta Lelija

18 de enero de 2019  
“¡Jamás vimos cosa parecida!”

Mc 2,1-12

*Entró Jesús de nuevo en Cafarnaún, y al poco tiempo corrió la voz de que estaba en casa. Se agolparon tantos que ni siquiera ante la puerta había ya sitio, mientras él les anunciaba la palabra. Entonces vinieron a traerle a un paralítico, llevado entre cuatro. Al no poder presentárselo a causa de la multitud, levantaron el techo encima de donde él estaba, abrieron un boquete y descolgaron la camilla donde yacía el paralítico. Viendo Jesús la fe que tenían, dijo al paralítico: “Hijo, tus pecados te son perdonados.” Estaban allí sentados algunos escribas, que pensaban para sus adentros: “¿Por qué éste habla así? Está blasfemando. ¿Quién puede perdonar los pecados, sino Dios sólo?” Pero, al instante, conociendo Jesús en su espíritu lo que ellos pensaban en su interior, les dijo: “¿Por qué pensáis así en vuestro interior? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico ‘Tus pecados te son perdonados’ o decirle ‘Levántate, toma tu camilla y anda’? Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene en la tierra poder de perdonar pecados –dice al paralítico–: ‘A ti te digo, levántate, toma tu camilla y vete a tu casa’.” Se levantó y, tomando la camilla, salió al instante a la vista de todos, de modo que quedaron asombrados y alababan a Dios diciendo: “Jamás vimos cosa parecida.”*

Junto con Jesús, nos alegramos al ver la fe de aquellas personas, por la que Jesús pudo sanar al paralítico. Su fe fue tan concreta que pudieron hacer a un lado todos los obstáculos, hasta que el paralítico se encontró frente a Jesús. Entonces, no era solamente la fe del enfermo; sino la de aquellos que lo llevaban donde el Señor, aun a precio de abrir el techo.

¡He aquí una importante lección para nosotros! También nosotros podemos creer en representación por otros e intervenir en su favor... Y es que la fe, como virtud teologal, radica en la convicción de que Dios puede y quiere intervenir. La fe se dirige en primer lugar a Dios mismo, y no en primera instancia a la necesidad que una persona pueda estar pasando, por más apremiante y urgente que ésta sea... Y la fe de aquellos cuatro hombres se cimenta en la certeza de que el Señor actuará concretamente. ¡Es una gran fe la que tienen! Y el Señor responde...

Sin embargo, su primera reacción es distinta a lo esperado. ¡Jesús comienza con lo prioritario: Él perdona los pecados! ¡Qué favor tan inmenso para las personas el no tener

que morir con sus pecados, que les sea retirado el enorme peso de sus culpas, que vuelva a surgir la esperanza, que el alma sea purificada, que el hombre reciba nuevamente de Dios su dignidad y sea liberado de la esclavitud del pecado!

El pecado es el que paraliza al hombre; el que le usurpa su belleza; el que le impide hacer el bien de buena gana, total e inmediatamente; el que no permite que Dios penetre por completo a la persona y more en ella... El pecado es el que oscurece la verdadera imagen del hombre, que ha de reflejar a Dios. Así, es una ofensa a Dios y una gran injusticia contra Él, quien ha creado tan maravillosamente al hombre, coronándolo de gloria y dignidad (cf. Sal 8,6).

Por eso, lo primero que el Señor concede es el inmenso beneficio del perdón de los pecados, para liberar al paralítico también de sus cadenas espirituales.

Algunos escribas se escandalizan por esto, pues ellos no han comprendido que Jesús es el mismo Hijo de Dios, que ha venido a ellos. Así, su corazón está en peligro de cerrarse. Pero Jesús sale a su encuentro... Él puede leer sus corazones. ¡He aquí otra gracia inmensa que se nos concede en el encuentro con Jesús! ¡Él ve las profundidades recónditas y conoce nuestro corazón; Él sabe lo que hay en él y nos ayuda a que también nosotros lo descubramos! No hace falta tener miedo, porque Jesús no ha venido para condenarnos; sino para salvarnos.

Conocemos muy poco nuestro corazón, y, mientras no le pidamos al Espíritu Santo, permaneceremos a oscuras en lo que respecta a nuestras motivaciones más profundas. Quizá creemos que lo hacemos por tal o cual razón, pero no pocas veces influyen otros motivos, de los que no estamos bien conscientes, o nada conscientes.

Fijémonos en el ejemplo de este pasaje... Jesús les revela a aquellos escribas los pensamientos de sus corazones, y les da el acceso para la decisiva comprensión: *“¿Qué es más fácil, decir al paralítico ‘Tus pecados te son perdonados’ o decirle ‘Levántate, toma tu camilla y anda’? Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene en la tierra poder de perdonar pecados...”*

Ahora, la decisión queda en manos de ellos, porque, seguido de aquellas palabras, el Señor realiza la obra. Si estos escribas seguirían el camino señalado, quedaría sanada su

parálisis en relación al Señor. Su espíritu quedaría liberado y podrían exclamar junto con los demás: *“¡Jamás hemos visto cosa parecida!”*

El evangelio de este día nos concede varias indicaciones importantes: nos llama a una fe firme; nos enseña que, con nuestra fe, podemos interceder por otros; nos invita a regocijarnos en el perdón de los pecados que Dios concede y a alabarlo con gratitud. Es también un llamado a abrir nuestro corazón ante Dios, sin temor, para que todos los pensamientos que no están en Su luz puedan ser corregidos por Él. Finalmente, al ver la curación del paralítico, unámonos a la aclamación y alabanza de la gente: *“¡Jamás hemos visto cosa parecida!”*